

# Los nuevos movimientos socialistas

**Andrew Blackman**

A medianoche del día 1 de enero de 1994, entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica o NAFTA (en sus siglas inglesas). Después de años de elaboración, el tratado estaba diseñado para consolidar el dominio del capital sobre la vida de millones de personas desde Calgary hasta Guadalajara. Allanaría el camino a la inversión interfronteriza de capitales, a la vez que suavizaría la legislación laboral y medioambiental y reduciría la capacidad de los gobiernos para regular y recaudar impuestos de las empresas.

En ese preciso momento, grupos de hombres y mujeres con pasamontañas estaban ocupados levantando controles en las carreteras que rodean la pintoresca población turística de San Cristóbal de las Casas, en las montañas de Chiapas, en el sur de México. Mientras la población y las guarniciones militares dormían tras la celebración de las fiestas, tropas clandestinas se hacían con el control de la comisaría de policía y del palacio municipal. Cuando las buenas gentes de San Cristóbal se despertaron por la mañana el día de Año Nuevo, se encontraron con una población tomada por los zapatistas. Más tarde esa misma mañana, el portavoz del grupo, el subcomandante Marcos, se dirigía a la multitud de ciudadanos y reporteros congregados en la plaza. «La totalidad del proyecto neoliberal que representa

---

• Artículo publicado en MR, vol. 57, n° 3, julio-agosto de 2005, pp. 104-113. Traducción de Joan Quesada. Andrew Blackman trabajó durante años en la banca de inversiones en la City londinense y, posteriormente, en Wall Street. Actualmente, trabaja como periodista financiero en la ciudad de Nueva York.

[el presidente mexicano] Carlos Salinas pelagra a raíz de nuestro desafío», decía. Cuando los reporteros le preguntaron sobre la relación existente entre las acciones de los zapatistas y la entrada en vigor del NAFTA, que en México se conoce como TLC, Marcos contestaba: «Por supuesto que lo que estamos haciendo aquí guarda relación con el TLC». A continuación, explicaba cómo el NAFTA amenazaría la agricultura maya al permitir la entrada masiva de importaciones de grano de los Estados Unidos, y concluía: «Para nosotros, el Tratado de Libre Comercio es el certificado de defunción de la población étnica de México».<sup>1</sup>

Ese golpe nocturno contra el capitalismo es representativo del alma del socialismo. El socialismo está vivo, no solo en la lucha de los zapatistas por los derechos de los pueblos indígenas, sino también en la resistencia de la gente de Bolivia a la privatización del agua y otros servicios básicos. Prospera entre la gente del valle de Narmada, en la India, que lucha por sus tierras y se resiste a la construcción de miles de presas a lo largo del río. Inspira a la gente de Brasil, Venezuela y la India que votan a nuevos líderes y rechazan las políticas neoliberales que han destruido las industrias locales para sumar un par de puntos porcentuales a la cuota de mercado de Bechtel y Chiquita. Respira en el medio siglo de la obstinada lucha por la supervivencia de Cuba, a pesar de los persistentes intentos de la superpotencia mundial de destruir la dirección del país y abrir sus mercados al capitalismo. Habita en los repetidos intentos de otras minúsculas islas caribeñas de elegir a líderes socialistas a pesar de las enormes presiones de los matones de sus patios traseros. Nutre a las personas del delta del Níger cuando luchan contra el robo de sus tierras por las multinacionales del petróleo. Esa es el alma del socialismo.

Es posible que las nuevas formas de socialismo que están surgiendo en el Sur global obtengan más inspiración de pensadores y héroes locales que de iconos europeos como Marx y Engels. Su alcance, sus objetivos y su organización varían ampliamente. Es posible que ni siquiera se identifiquen con la palabra «socialismo». Sin embargo, en su lucha fundamental por una distribución más justa de los recursos disponibles, encarnan lo que George Orwell denominó «el ideal esencial del socialismo: justicia y libertad».<sup>2</sup> Muy pocos de los campesinos mexicanos que se sumaron a los zapatistas habían leído a Marx o a Engels, por no hablar de Lukács y Gramsci. Luchaban, no por el lógico cumplimiento del materialismo dialéctico, sino por el derecho a cultivar su propia tierra. Los 11 puntos que reivindicaban los zapatistas en origen eran: trabajo, tierra, vivienda, pan, salud, educación, democracia, libertad, paz, independencia y justicia. Sonaba tan parecido a un manifiesto socialista que el periodista norteameri-

cano Bill Weinberg sintió el impulso de preguntar a los zapatistas si «luchaban por el socialismo, como en Cuba», a lo que el líder de los zapatistas, comandante Marcos, respondió:

La dirección de nuestro ejército nunca ha hablado sobre el socialismo cubano o soviético. Siempre hemos hablado de los derechos básicos de los humanos. Educación, vivienda, salud, comida, tierra, buena paga por nuestro trabajo, democracia, libertad. Quizás algunas personas llamen a eso socialismo. Pero no importa el nombre que se les dé a todas esas reivindicaciones.

Weinberg nos explica que, cuando se dirigía a entrevistar a Marcos a comienzos de 1994, los zapatistas que lo transportaban le dijeron que su preparación incluía tanto entrenamiento militar como educación política. Weinberg les preguntó si habían recibido formación sobre las revoluciones rusa o china. «Contestaron que no», dice Weinberg, «solo zapatismo».<sup>3</sup> El movimiento estaba inspirado en Emiliano Zapata, un indio nahua que luchó por la reforma agraria en la revolución mexicana de 1919. A pesar de morir asesinado y de la posterior traición de muchos de los ideales de la revolución, él y otros revolucionarios dejaron como herencia la reforma de la propiedad de la tierra. El artículo 27 de la Constitución mexicana establecía que el pueblo mexicano era dueño de la tierra y que las propiedades comunitarias conocidas como *ejidos* eran «inalienables e imprescriptibles». A pesar de ello, el pueblo indígena continuó sufriendo, ya que los grandes terratenientes encontraron formas de esquivar las reglas. Para la década de 1930, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se había establecido firmemente en el poder, y no perdería ni una sola elección en lo que restaba del siglo xx. Aparte de breves periodos de populismo, las décadas de gobierno del PRI permitieron por lo general que terratenientes y empresarios con buenos contactos preservaran e incrementaran su poder, mientras que, con frecuencia, los intereses de los agricultores indígenas eran tranquilamente sacrificados.

En Chiapas, el descontento llevaba muchos años gestándose, ya que la población de la zona, mayoritariamente maya, veía cómo el Gobierno mexicano se volvía cada vez más solícito con los inversores extranjeros y se olvidaba de las necesidades de la gente. Sin embargo, lo que Marcos denominaba el factor «detonante» fue la nueva redacción del artículo 27 en 1992. Aunque gran parte de la «reforma agraria» se había mostrado esquiva o ilusoria a lo largo de los 75 años anteriores, el paso que se acaba de dar era señal de que el Gobierno ya no consideraba importante seguir ni siquiera disimulando por más tiempo. Los agricultores mayas ya se habían

visto forzados a ubicarse cada vez a mayor altura en las montañas y a adentrarse cada vez más en la selva con la ocupación de las llanuras más fértiles por los grandes granjeros, y sabían que, con la supresión de las últimas protecciones legales, así como con la afluencia de importaciones agrícolas baratas de los Estados Unidos que comportaría el NAFTA, su forma de vida se encontraba seriamente amenazada. Así pues, en el preciso momento en que se suponía que el socialismo estaba moribundo en todo el mundo a partir de la caída del muro de Berlín y la descomposición de la Unión Soviética, este florecía en diminutas aldeas por todo el sur de México. Marcos reconocía su sorpresa por la atracción que ejercía el zapatismo en un momento aparentemente tan funesto para los movimientos socialistas:

Quando todo el mundo decía no a la lucha armada porque el comunismo había desaparecido, nosotros pensábamos que la gente de aquí iba a decir no al Cambio, y más aún a la lucha armada. Era lógico: el bombardeo ideológico era intenso. Sin embargo, en la comunidad sucedió todo lo contrario. Fue el momento en que más personas acudieron a incorporarse a las milicias del Ejército Zapatista. Las cosas habían empeorado tanto que las poblaciones declaraban que no les quedaba otro camino que seguir adelante.

La gente sin otra salida que seguir siempre adelante ha estado en el núcleo de cualquier movimiento socialista sustancial. Con frecuencia, la gente que tiene la posibilidad de acceder a otras vías —acumulación de riqueza, carreras académicas, poder político— es incapaz de resistir por mucho tiempo a la tentación. Una vez instalados en una vía más cómoda, su situación privilegiada les permite negar o ignorar los efectos perjudiciales del capitalismo. Sin embargo, las personas estancadas en el fondo, que trabajan duramente toda su vida, que obtienen escasos beneficios por todos sus esfuerzos y ven cómo todos los beneficios de su trabajo van a parar a los propietarios, conocen íntimamente los inconvenientes del capitalismo. Saben que la meritocracia es un mito, porque han visto fracasar sus propios esfuerzos por la necesidad de un pequeño préstamo o inversión de capital, mientras que otros han triunfado con menos talento pero mejores contactos. Han visto a ejecutivos arruinar empresas y recibir compensaciones de varios millones de dólares, mientras que los trabajadores pagaban por sus decisiones erróneas con el despido. Han visto a políticos atacarlos por cobrar pensiones del gobierno, aunque esos mismos políticos entregaban miles de millones de dólares en exenciones de impuestos a sus contribuyentes empresariales y gastaban miles de millones más para sacar de apuros a bancos y aerolíneas en quiebra. Para quienes han sido

testigos directos de la hipocresía del capitalismo y han sufrido sus despiadados efectos, existe un punto en el que seguir participando en un juego amañado en su contra deja de ser una opción a considerar. Malcolm X, por ejemplo, no se amedrentó con las denuncias de políticos y periodistas blancos, ni cuando la amenaza de asesinato se cernió sobre su cabeza. Él creía que «solo consigues que las cosas se muevan, como hombre negro, cuando el hombre blanco te ve como a un “irresponsable”. De hecho, es algo que ya había aprendido de niño. Y, en el tiempo que llevo ejerciendo como una especie de “líder” negro en la sociedad racista norteamericana, cada vez que el hombre blanco me ha opuesto resistencia o me ha atacado, más me he convencido de ello, ya que cada vez he estado más seguro de seguir el camino correcto en el mejor interés del hombre negro norteamericano».<sup>4</sup> Ofreció resistencia, y pagó por ello con su vida, porque, sencillamente, no era capaz de participar en un sistema que, desde siempre, había explotado a las personas como él. Otras personas a las que tradicionalmente no se las ha considerado comunistas, como Martin Luther King Jr. y César Chávez, han hecho más para avanzar en la causa de la justicia y la igualdad que muchos pensadores socialistas altamente considerados y con la vida bien resuelta. Cada vez más, una gran parte de la población del Sur se encuentra sin otro camino que seguir, asfixiada como está, por un lado, por las exigencias cada vez mayores de las corporaciones en busca de beneficios y, por otro, por los indolentes engaños de unos gobiernos nacionales cooptados. La acción directa se está convirtiendo en la única forma de salir del ciclo de empobrecimiento.

Al emprender dicha acción directa, recurren a un variado conjunto de tácticas. Mientras que muchos movimientos socialistas del siglo xx se basaban en Marx o en Lenin, los nuevos movimientos se apoyan más en las tradiciones locales y desarrollan tácticas puramente adaptadas a su entorno local. La resistencia a los descomunales proyectos de construcción de presas en la India ha estado influida por principios ghandianos tales como la *satiagraha* o resistencia no-violenta. Los habitantes de las aldeas han protagonizado sentadas y huelgas de hambre. En algunos casos, se han negado a abandonar sus hogares aun cuando el agua les llegaba al cuello. El pueblo ogoni del delta del Níger utilizó diversas tácticas no-violentas contra Shell, después de décadas en las que la compañía había extraído enormes cantidades de petróleo y había logrado inmensas ganancias sin que la población local recibiera ningún beneficio. Trescientos mil ogoni celebraron una protesta pacífica el 4 de enero de 1993 para exigir el saneamiento del medio ambiente, así como una compensación económica por la pérdida de recursos. Crearon organizaciones tales como el Movimiento por la

Supervivencia del Pueblo Ogoni y siguieron actuando aun después de la ejecución de líderes como Ken Saro-Wiwa. Las protestas se han mantenido hasta hoy en día, con acciones como la ocupación en 2002 de una terminal petrolífera de ChevronTexaco por parte de un grupo de mujeres ogoni, que lograron ver satisfechas sus demandas de empleo, escuelas y sistemas de abastecimiento de agua debido en parte a que amenazaron con desprenderse de la ropa y quedarse desnudas. En cuanto a los zapatistas mexicanos, se trata de una curiosa amalgama de jerarquía militar y democracia participativa. Aunque están fuertemente armados y no dudan en utilizar tácticas militares, no tardaron en aceptar un alto el fuego poco después de sublevarse en 1994 y entablar conversaciones con el Gobierno mexicano. Las conversaciones se prolongaron varios años, debido en parte a la estructura organizativa laxa e igualitaria de los zapatistas, que exigía que sus líderes regresaran a la base en la selva después de cada ronda de conversaciones para averiguar si los nuevos avances contaban con el apoyo de cada una de las comunidades a las que representaban. Incluso los dirigentes de mayor rango jerárquico tienen gran cuidado de señalar en sus comentarios públicos que ellos no hablan por la totalidad del movimiento zapatista.

Aunque el nuevo socialismo utilice métodos locales, tales métodos suelen responder a unas condiciones que han sido creadas por la globalización. En el caso de Chiapas, el NAFTA fue un factor clave. En el caso de Bolivia, lo fueron las corporaciones multinacionales que pretendían lograr un control aún mayor de recursos naturales básicos como el agua y el gas. En docenas de países de todo el mundo, lo son las rigurosas exigencias del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial. La globalización, por supuesto, no es nada nuevo. Una forma anterior y más cruda de esta fue el imperialismo del siglo XIX. Las economías de países como Gran Bretaña pasaron, en un periodo relativamente breve de tiempo, de depender de los mercados agrícolas locales y de artesanos de pequeña escala a convertirse en el centro de un vasto sistema global de expropiación de recursos en Asia, África y las Américas, para enviarlos a las fábricas de Manchester y, después, despachar por barco los bienes resultantes a mercados internacionales. Decenas de millones de africanos fueron arrancados de su tierra natal y transportados hasta lejanas plantaciones esclavistas para apoyar esa ingente acumulación de capital. Para asegurar las frágiles rutas marinas que hacían posible ese enorme atraco, se libraron guerras y se enviaron misioneros a todos los puntos del planeta. Tal y como pueden atestiguar los mayas de Chiapas, y tal y como otros cientos de civilizaciones perdidas ya no pueden certificar, la globalización ha hecho estragos en el mundo desde hace siglos. Su más reciente manifestación, por lo tanto, no representa una

radical diferencia con el pasado. Sencillamente, los cónsules y los ejércitos han sido reemplazados por empresas subsidiarias y programas de ajuste estructurales. El discurso del imperialismo económico es ahora mucho más críptico que el de la antigua variante militar, y enmascara la explotación con el mensaje aparentemente inofensivo de la promoción del libre comercio y la supresión de barreras artificiales. Sin embargo, a los africanos, los asiáticos, los pobladores de las Indias occidentales y los sudamericanos, todo les resulta demasiado familiar. El grito de resistencia que resuena desde el Sur lo ilustra perfectamente. No es un grito de escándalo por un fenómeno nuevo, sino un grito de resistencia a una nueva depredación después de siglos de depredaciones.

Lo que sí resulta nuevo en la época presente es que, debido en parte a desarrollos tecnológicos como la televisión e internet, la información también se está globalizando simultáneamente al capital. En el pasado, los banqueros y burócratas europeos podían permanecer invisibles y dejar que los políticos locales recibieran las críticas por unos problemas que ellos habían creado. Ahora, los antes invisibles arquitectos de la globalización se encuentran de lleno en la primera línea de fuego. En Argentina, miles de personas desfilaron por las calles en 2001 con pancartas que denunciaban la sumisión del Gobierno al FMI y a los Estados Unidos. En Ecuador, ese mismo año, los protagonistas de las protestas ocuparon la sede del FMI en Quito. El Movimiento para el Desarrollo Mundial [World Development Movement], con sede en Londres, documentó 111 protestas contra el FMI y el Banco Mundial en 25 países en vías de desarrollo durante el año 2002, lo que representaba un incremento con respecto a las 77 del año anterior.

A los privilegiados también les resulta cada vez más difícil ignorar la incómoda realidad de la que proceden sus privilegios. Mientras que generaciones anteriores se deleitaban en la gloria del imperio y celebraban lo que ellos consideraban la influencia civilizadora de las empresas sobre los nativos atrasados del planeta, la generación actual no puede disfrutar de sus ropas de diseño sin ver imágenes de mujeres y niños guatemaltecos que trabajan todo el día en talleres de explotación por salarios de pobreza y que son víctimas de asesinatos o violaciones si intentan reivindicar cualquier mejora. No pueden conducir sus 4x4 sin ver imágenes de niños que mueren en Irak. Muchas personas, por supuesto, siguen viviendo en la negación de que exista cualquier conexión entre los lujos de los que gozan y las dificultades de las personas del «Tercer Mundo». Sin embargo, eso cada vez es más difícil. La globalización ha alcanzado fama, y ha resultado ser mala fama.

Los foros sociales mundiales celebrados en Porto Alegre y Bombay muestran el potencial existente para el surgimiento de un nuevo tipo de

movimiento internacional que reaviva la llama del socialismo. En solo cuatro años, los foros han pasado de ser una pequeña reunión de políticos y activistas brasileños a convertirse en una gigantesca reunión de un centenar de miles de personas de todo el mundo. Además, han provocado el surgimiento de foros sociales regionales y locales por todo el mundo y, gracias a internet, la coordinación de los movimientos locales es ahora más fácil que nunca. El día global de protesta del 15 de febrero de 2003, contra la guerra de Irak, tuvo una dimensión y un alcance globales sin precedentes. Diez millones de personas ocuparon simultáneamente las calles de capitales que iban de Roma a Kuala Lumpur, de ciudades desde Sydney a Sevilla, y de pueblos y aldeas desde Elkins, en West Virginia, hasta McMurdo Station, en la Antártida. El poder potencial que eso representaba no pasó inadvertido a las élites. La portada del *New York Times* incluía dos días después el titular «Un nuevo poder en las calles», con un artículo que decía: «Es posible que siga habiendo dos superpotencias en el planeta: los Estados Unidos y la opinión pública mundial». Es un gran logro en una era en la que se supone que los movimientos populares están moribundos y las corporaciones están incrementando su control. Es cierto que todas esas movilizaciones de masas no suelen llevar el nombre del socialismo. Es cierto que, para muchas personas de hoy en día, la palabra «socialismo» equivale a una ideología fracasada del siglo xx que llevó a la creación de *gulags*, el levantamiento de vallas, las purgas, las colas para lograr un plato de sopa y el hambre. Pero, si sus metas son socialistas, poco importa que se llamen socialistas, verdes, anarquistas, antiglobalización o de cualquier otra forma. Cualquier esfuerzo globalmente coordinado por conseguir justicia e igualdad es una victoria para el socialismo, sin que importe su nombre.

Sin embargo, por muy notables que sean la coordinación, la cooperación y la ayuda mutua, los indicios apuntan a que el socialismo del siglo xxi será más diverso y localizado que la monolítica estructura soviética del siglo xx. Las atroces experiencias de los satélites soviéticos de la Europa del Este, Asia y África, así como la de los países de dominio estadounidense, sobre todo en Latinoamérica, ilustran los peligros de imponer un sistema rígido y ajeno sobre otro grupo de personas. La línea que separa la ideología del imperialismo se puede volver borrosa con demasiada facilidad. Y, además, un derecho básico de cualquier grupo es el de decidir cómo quiere ser gobernado. Los zapatistas de Chiapas se basaron en siglos de tradición y de experiencias locales para formular un método diseñado para satisfacer las necesidades de su propia gente. Lo mismo sucedió con las protestas contra la privatización del agua en Bolivia y contra los proyectos de construcción de presas en la India. Cada uno de esos movimientos utilizó sus propios



métodos y su propia organización y apeló a la gente en unos términos con los que podía identificarse, sin hacer ninguna referencia al socialismo «científico». En los foros sociales mundiales, el único acuerdo verdadero ha sido sobre el hecho de que «otro mundo es posible». Más allá de eso, grupos de todo el mundo han mostrado puntos de vista radicalmente distintos sobre cuál es el aspecto que dicho mundo debería tener. El reto que se le plantea al socialismo del siglo XXI consiste en reconocer que todas esas diferencias son aceptables y que el socialismo tendrá distintos aspectos en lugares distintos, así como encontrar una forma de apoyo mutuo para instaurar distintas versiones del socialismo en partes diferentes del mundo.

En realidad, el efecto de todos esos nuevos movimientos debe ser el de subvertir el carácter eurocéntrico de la dialéctica socialista y obligar a la gente de Occidente a reevaluar muchos de sus supuestos. El socialismo ha estado aquejado de un sesgo eurocéntrico desde sus propios inicios. Cuando Marx y Engels escribían en 1848 «¡Obreros del mundo, uníos!», está claro que no estaban pensando en los aldeanos de la India ni en los agricultores mayas. Incluso 34 años después, cuando en 1882 redactaban el prólogo a la edición rusa del *Manifiesto comunista*, a pesar de reconocer el alcance limitado de la edición previa, solo decían al respecto que «precisamente aquí faltan Rusia y los Estados Unidos». Tal miopía resulta comprensible en el contexto en que escribían, pero son demasiados los escritos socialistas que se han mantenido anclados en el marco limitado de las sociedades industriales europeas hasta nuestros tiempos. Sin embargo, en cierta forma, la globalización del socialismo es una consecuencia natural de la teoría marxista. Como escribió Marx en el *Manifiesto*: «La necesidad de una constante expansión del mercado para sus productos persigue a la burguesía por toda la superficie del planeta. Esta tiene necesidad de implantarse en todos los lugares, de establecerse en todas partes, de crear contactos en todos los sitios».<sup>5</sup> Dado que el capitalismo impone el aumento de la globalización, es natural que los trabajadores sigan la misma tendencia. Al hacerlo, es posible que la ecuación de la globalización empiece a cambiar. El hecho de que los trabajadores del mundo se comunicaran y cooperaran entre sí sería la peor pesadilla del capitalismo. Podría representar una seria amenaza para la capacidad del capital de desplazarse constantemente a países con peores salarios y con condiciones de trabajo más brutales. Podría suponer el final de la constante provisión de fuerza laboral barata que representan los emigrantes que escapan de esas mismas condiciones. Una verdadera acción colectiva que atravesase fronteras geográficas podría cambiar realmente la dinámica de poder y otorgar a las personas la oportunidad de negociar unas mejores condiciones sin la amenaza de que

otros ocupen sus puestos de trabajo. La profecía de Marx sobre una burguesía que produciría sus propios enterradores tal vez podría hacerse realidad, después de todo, aunque sea de manera distinta a como él lo imaginó.

Aunque es posible que renunciar al control del destino del socialismo sea un proceso doloroso para algunos occidentales, es igualmente posible que acabe ayudando al socialismo occidental a redescubrir su alma y su objetivo. Con el aumento de la calidad de vida en las naciones capitalistas y con las atroces condiciones de vida de los antiguos países comunistas, se ha llegado a cuestionar las premisas mismas del socialismo. Marx escribió en el *Manifiesto comunista* que, con el desarrollo del capitalismo, los trabajadores se habían convertido en «una mercadería, como cualquier otro artículo de comercio, y, por lo tanto, se encuentran expuestos a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado».<sup>6</sup> Decía que «la carga de trabajo va en aumento» y que, «cuanto más desagradable es el trabajo, más bajo es el salario». Eso era verdaderamente cierto en la época inicial de la revolución industrial, cuando escribía Marx. Sin embargo, al desarrollarse más el capitalismo, los salarios de hecho aumentaron y la carga del trabajo descendió. Mientras que Marx predijo que la clase media-baja «se hundiría progresivamente en el proletariado», a finales del siglo xx en muchas sociedades europeas parecía que sucedía lo contrario: gracias a los logros de los sindicatos y la legislación progresista, muchos trabajadores conseguían un estilo de vida de clase media. Incluso en los Estados Unidos, donde existe una clase marginada sustancial y una virulenta reacción en contra de muchas de las protecciones de que gozan los trabajadores, lo cierto es que a principios del siglo xxi los trabajadores gozan de unas condiciones de vida y de trabajo mucho mejores que a principios del siglo xx. De ahí el frecuente argumento a favor del capitalismo: dado que es un sistema que genera riqueza, los pobres seguirán teniendo más dinero, aunque la distribución sea desigual. Obtener una pequeña porción de una gran cantidad de riqueza es mejor que obtener una parte igual de nada. El socialismo no ha logrado ofrecer en Occidente una refutación convincente de dicho argumento y, por lo tanto, ha perdido gran parte de su atractivo para las masas.

Solo si su perspectiva se amplía más allá de las fronteras —o, cada vez más, de los muros de la fortaleza— de sus propias naciones privilegiadas, el socialismo puede tener la esperanza de encontrar una salida al *cul-de-sac* ideológico en el que se encuentra actualmente en Occidente. Porque es justamente allí donde se aprecia inmediatamente el empobrecimiento al que Marx hacía referencia. Las estadísticas son tan conocidas que resultan casi

soporíferas: aproximadamente la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares al día, casi 1.000 millones de personas sufren malnutrición crónica, y 3.000 millones no tienen acceso a servicios sanitarios. Sin embargo, todas esas estadísticas se suelen contemplar como hechos abstractos, sin examinar demasiado cómo se ha llegado a esa situación ni quién es responsable de ella. Implícita o, a veces, explícitamente, la culpa se hace recaer sobre las propias víctimas, como si la persona que cose sudaderas en Bangkok por un dólar al día fuera tanto menos creativa y hábil que el oficinista de Nueva York que gana 50.000 dólares al año; como si existiera realmente un terreno de juego neutral; como si todo el discurso sobre el libre comercio y la competencia sin trabas fuera realmente cierto. Toda esa ceguera colectiva con respecto a cuál es la causa de la desigualdad en el mundo hace posible la persistencia y el arraigo cada vez mayor de esa horrenda desigualdad año tras año.

El socialismo occidental solo redescubrirá su verdadera alma si abre los ojos a todo ese sufrimiento. Aunque muchas personas progresistas de Occidente luchan de hecho por un comercio justo y por la cancelación de la deuda, a menudo eso se ve como un gesto caritativo, separado de la lucha socialista que, tradicionalmente, ha constituido el dominio de la gente de las naciones industriales. Mientras tanto, es frecuente que el movimiento obrero esté tan centrado en la protección de los empleos de sus propios miembros que se dedica a presionar a favor de políticas comerciales que protegen a las industrias occidentales, a la vez que diezman las industrias de los países en vías de desarrollo. Cuando los socialistas occidentales lleguen a abrazar la causa de los pueblos del Sur como inseparable de la suya propia, apreciarán nuevas posibilidades capaces de insuflar vida a su alejado movimiento. Cuando reconozcan que, cada vez que sus propios movimientos obreros obtienen una pequeña ganancia, las corporaciones sencillamente buscan nuevos obreros en nuevos países para explotarlos en su lugar, se verán en la obligación de luchar contra los opresores, y no contra quienes son aún más pobres que ellos. Cuando empiecen a contactar con los activistas antiglobalización y medioambientales desde Norteamérica hasta Corea del Sur, redescubrirán su relevancia y podrán apelar a una nueva generación.

Por el momento, no obstante, el alma del socialismo se encuentra en las luchas de gentes que a menudo no se autodenominan socialistas: los movimientos populares del Sur global, así como esa pequeña minoría, aunque en rápido crecimiento, que los defiende en Occidente. Los explotados en los talleres de producción de Pekín y Calcuta, en las plantaciones bananeras de Centroamérica, en las minas de diamantes de África: son esas las per-

sonas que mantienen los extravagantes y cómodos estilos de vida de las personas de Occidente. Sus luchas a menudo parecen fútiles o resultan incomprensibles porque el sistema contra el que batallan es enorme y todo lo abarca. Arrastran la carga de cinco siglos de colonización y explotación. Muchas noticias nos hablan de la «violencia» y la «agitación» en países lejanos sin explicar siquiera la causa, tal vez porque el objetivo —cambiar el mundo— es simplemente tan amplio que es difícil de comprender. Sin embargo, la gente del Sur se ve obligada a comprenderlo cada día. La necesidad de derrocar el capitalismo les ha sido inculcada a ellos y a sus antepasados durante siglos. Cada vez que se veían expulsados de sus tierras, que veían cómo su oro y sus minerales eran cargados en barcos europeos, o que se veían obligados a trabajar para provecho de los blancos ricos, el imperativo estaba bien claro para ellos: no les queda otra opción que cambiar el mundo, o el mundo los destruirá. Los zapatistas lo entendieron tan bien que lograron resumirlo en dos palabras: «¡Ya basta!» Ese tipo de movimientos no siempre son doctrinalmente ortodoxos. Sin embargo, en su lucha básica por la justicia, encarnan todo lo que ha significado el socialismo para generaciones de activistas. Con demasiada frecuencia, el alma del socialismo queda oscurecida y dividida por fronteras religiosas, raciales y culturales, y resulta distorsionada por el alarmismo difundido por el *establishment*. No obstante, continúa acechando tras el odio y la desconfianza, esperando a ser redescubierta. Si miramos lo suficiente y con la suficiente intensidad, tal vez la encontremos antes de que sea demasiado tarde. Y si la gente de Occidente es capaz de girarse después, mirarse en el espejo y examinar los cinco siglos de explotación de los que se ha beneficiado, de manera displicente y silenciosa, entonces es que aún queda una mínima oportunidad de que algunos de nosotros podamos redimir también nuestra alma individual.

## Notas

1. John Ross, *Rebellion from the Roots*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 1995.
2. George Orwell, *The Road to Wigan Pier*, Harcourt, Orlando (Florida), 1958, p. 216.
3. Bill Weinberg, *Homage to Chiapas*, Verso, Nueva York, 2000, p. 123.
4. *Autobiography of Malcolm X*, Ballantine Books, Nueva York, p. 389.
5. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Penguin Books, Harmondsworth, 1967, p. 83.
6. Karl Marx y Friedrich Engels, *ibid.*, p. 87.

# Los nuevos movimientos socialistas

**Andrew Blackman**

A medianoche del día 1 de enero de 1994, entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica o NAFTA (en sus siglas inglesas). Después de años de elaboración, el tratado estaba diseñado para consolidar el dominio del capital sobre la vida de millones de personas desde Calgary hasta Guadalajara. Allanaría el camino a la inversión interfronteriza de capitales, a la vez que suavizaría la legislación laboral y medioambiental y reduciría la capacidad de los gobiernos para regular y recaudar impuestos de las empresas.

En ese preciso momento, grupos de hombres y mujeres con pasamontañas estaban ocupados levantando controles en las carreteras que rodean la pintoresca población turística de San Cristóbal de las Casas, en las montañas de Chiapas, en el sur de México. Mientras la población y las guarniciones militares dormían tras la celebración de las fiestas, tropas clandestinas se hacían con el control de la comisaría de policía y del palacio municipal. Cuando las buenas gentes de San Cristóbal se despertaron por la mañana el día de Año Nuevo, se encontraron con una población tomada por los zapatistas. Más tarde esa misma mañana, el portavoz del grupo, el subcomandante Marcos, se dirigía a la multitud de ciudadanos y reporteros congregados en la plaza. «La totalidad del proyecto neoliberal que representa

---

• Artículo publicado en MR, vol. 57, n° 3, julio-agosto de 2005, pp. 104-113. Traducción de Joan Quesada. Andrew Blackman trabajó durante años en la banca de inversiones en la City londinense y, posteriormente, en Wall Street. Actualmente, trabaja como periodista financiero en la ciudad de Nueva York.

[el presidente mexicano] Carlos Salinas peligra a raíz de nuestro desafío», decía. Cuando los reporteros le preguntaron sobre la relación existente entre las acciones de los zapatistas y la entrada en vigor del NAFTA, que en México se conoce como TLC, Marcos contestaba: «Por supuesto que lo que estamos haciendo aquí guarda relación con el TLC». A continuación, explicaba cómo el NAFTA amenazaría la agricultura maya al permitir la entrada masiva de importaciones de grano de los Estados Unidos, y concluía: «Para nosotros, el Tratado de Libre Comercio es el certificado de defunción de la población étnica de México».<sup>1</sup>

Ese golpe nocturno contra el capitalismo es representativo del alma del socialismo. El socialismo está vivo, no solo en la lucha de los zapatistas por los derechos de los pueblos indígenas, sino también en la resistencia de la gente de Bolivia a la privatización del agua y otros servicios básicos. Prospera entre la gente del valle de Narmada, en la India, que lucha por sus tierras y se resiste a la construcción de miles de presas a lo largo del río. Inspira a la gente de Brasil, Venezuela y la India que votan a nuevos líderes y rechazan las políticas neoliberales que han destruido las industrias locales para sumar un par de puntos porcentuales a la cuota de mercado de Bechtel y Chiquita. Respira en el medio siglo de la obstinada lucha por la supervivencia de Cuba, a pesar de los persistentes intentos de la superpotencia mundial de destruir la dirección del país y abrir sus mercados al capitalismo. Habita en los repetidos intentos de otras minúsculas islas caribeñas de elegir a líderes socialistas a pesar de las enormes presiones de los matones de sus patios traseros. Nutre a las personas del delta del Níger cuando luchan contra el robo de sus tierras por las multinacionales del petróleo. Esa es el alma del socialismo.

Es posible que las nuevas formas de socialismo que están surgiendo en el Sur global obtengan más inspiración de pensadores y héroes locales que de iconos europeos como Marx y Engels. Su alcance, sus objetivos y su organización varían ampliamente. Es posible que ni siquiera se identifiquen con la palabra «socialismo». Sin embargo, en su lucha fundamental por una distribución más justa de los recursos disponibles, encarnan lo que George Orwell denominó «el ideal esencial del socialismo: justicia y libertad».<sup>2</sup> Muy pocos de los campesinos mexicanos que se sumaron a los zapatistas habían leído a Marx o a Engels, por no hablar de Lukács y Gramsci. Luchaban, no por el lógico cumplimiento del materialismo dialéctico, sino por el derecho a cultivar su propia tierra. Los 11 puntos que reivindicaban los zapatistas en origen eran: trabajo, tierra, vivienda, pan, salud, educación, democracia, libertad, paz, independencia y justicia. Sonaba tan parecido a un manifiesto socialista que el periodista norteameri-

cano Bill Weinberg sintió el impulso de preguntar a los zapatistas si «luchaban por el socialismo, como en Cuba», a lo que el líder de los zapatistas, comandante Marcos, respondió:

La dirección de nuestro ejército nunca ha hablado sobre el socialismo cubano o soviético. Siempre hemos hablado de los derechos básicos de los humanos. Educación, vivienda, salud, comida, tierra, buena paga por nuestro trabajo, democracia, libertad. Quizás algunas personas llamen a eso socialismo. Pero no importa el nombre que se les dé a todas esas reivindicaciones.

Weinberg nos explica que, cuando se dirigía a entrevistar a Marcos a comienzos de 1994, los zapatistas que lo transportaban le dijeron que su preparación incluía tanto entrenamiento militar como educación política. Weinberg les preguntó si habían recibido formación sobre las revoluciones rusa o china. «Contestaron que no», dice Weinberg, «solo zapatismo».<sup>3</sup> El movimiento estaba inspirado en Emiliano Zapata, un indio nahua que luchó por la reforma agraria en la revolución mexicana de 1919. A pesar de morir asesinado y de la posterior traición de muchos de los ideales de la revolución, él y otros revolucionarios dejaron como herencia la reforma de la propiedad de la tierra. El artículo 27 de la Constitución mexicana establecía que el pueblo mexicano era dueño de la tierra y que las propiedades comunitarias conocidas como *ejidos* eran «inalienables e imprescriptibles». A pesar de ello, el pueblo indígena continuó sufriendo, ya que los grandes terratenientes encontraron formas de esquivar las reglas. Para la década de 1930, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se había establecido firmemente en el poder, y no perdería ni una sola elección en lo que restaba del siglo xx. Aparte de breves periodos de populismo, las décadas de gobierno del PRI permitieron por lo general que terratenientes y empresarios con buenos contactos preservaran e incrementaran su poder, mientras que, con frecuencia, los intereses de los agricultores indígenas eran tranquilamente sacrificados.

En Chiapas, el descontento llevaba muchos años gestándose, ya que la población de la zona, mayoritariamente maya, veía cómo el Gobierno mexicano se volvía cada vez más solícito con los inversores extranjeros y se olvidaba de las necesidades de la gente. Sin embargo, lo que Marcos denominaba el factor «detonante» fue la nueva redacción del artículo 27 en 1992. Aunque gran parte de la «reforma agraria» se había mostrado esquiva o ilusoria a lo largo de los 75 años anteriores, el paso que se acaba de dar era señal de que el Gobierno ya no consideraba importante seguir ni siquiera disimulando por más tiempo. Los agricultores mayas ya se habían

visto forzados a ubicarse cada vez a mayor altura en las montañas y a adentrarse cada vez más en la selva con la ocupación de las llanuras más fértiles por los grandes granjeros, y sabían que, con la supresión de las últimas protecciones legales, así como con la afluencia de importaciones agrícolas baratas de los Estados Unidos que comportaría el NAFTA, su forma de vida se encontraba seriamente amenazada. Así pues, en el preciso momento en que se suponía que el socialismo estaba moribundo en todo el mundo a partir de la caída del muro de Berlín y la descomposición de la Unión Soviética, este florecía en diminutas aldeas por todo el sur de México. Marcos reconocía su sorpresa por la atracción que ejercía el zapatismo en un momento aparentemente tan funesto para los movimientos socialistas:

Quando todo el mundo decía no a la lucha armada porque el comunismo había desaparecido, nosotros pensábamos que la gente de aquí iba a decir no al Cambio, y más aún a la lucha armada. Era lógico: el bombardeo ideológico era intenso. Sin embargo, en la comunidad sucedió todo lo contrario. Fue el momento en que más personas acudieron a incorporarse a las milicias del Ejército Zapatista. Las cosas habían empeorado tanto que las poblaciones declaraban que no les quedaba otro camino que seguir adelante.

La gente sin otra salida que seguir siempre adelante ha estado en el núcleo de cualquier movimiento socialista sustancial. Con frecuencia, la gente que tiene la posibilidad de acceder a otras vías —acumulación de riqueza, carreras académicas, poder político— es incapaz de resistir por mucho tiempo a la tentación. Una vez instalados en una vía más cómoda, su situación privilegiada les permite negar o ignorar los efectos perjudiciales del capitalismo. Sin embargo, las personas estancadas en el fondo, que trabajan duramente toda su vida, que obtienen escasos beneficios por todos sus esfuerzos y ven cómo todos los beneficios de su trabajo van a parar a los propietarios, conocen íntimamente los inconvenientes del capitalismo. Saben que la meritocracia es un mito, porque han visto fracasar sus propios esfuerzos por la necesidad de un pequeño préstamo o inversión de capital, mientras que otros han triunfado con menos talento pero mejores contactos. Han visto a ejecutivos arruinar empresas y recibir compensaciones de varios millones de dólares, mientras que los trabajadores pagaban por sus decisiones erróneas con el despido. Han visto a políticos atacarlos por cobrar pensiones del gobierno, aunque esos mismos políticos entregaban miles de millones de dólares en exenciones de impuestos a sus contribuyentes empresariales y gastaban miles de millones más para sacar de apuros a bancos y aerolíneas en quiebra. Para quienes han sido



testigos directos de la hipocresía del capitalismo y han sufrido sus despiadados efectos, existe un punto en el que seguir participando en un juego amañado en su contra deja de ser una opción a considerar. Malcolm X, por ejemplo, no se amedrentó con las denuncias de políticos y periodistas blancos, ni cuando la amenaza de asesinato se cernió sobre su cabeza. Él creía que «solo consigues que las cosas se muevan, como hombre negro, cuando el hombre blanco te ve como a un “irresponsable”. De hecho, es algo que ya había aprendido de niño. Y, en el tiempo que llevo ejerciendo como una especie de “líder” negro en la sociedad racista norteamericana, cada vez que el hombre blanco me ha opuesto resistencia o me ha atacado, más me he convencido de ello, ya que cada vez he estado más seguro de seguir el camino correcto en el mejor interés del hombre negro norteamericano».<sup>4</sup> Ofreció resistencia, y pagó por ello con su vida, porque, sencillamente, no era capaz de participar en un sistema que, desde siempre, había explotado a las personas como él. Otras personas a las que tradicionalmente no se las ha considerado comunistas, como Martin Luther King Jr. y César Chávez, han hecho más para avanzar en la causa de la justicia y la igualdad que muchos pensadores socialistas altamente considerados y con la vida bien resuelta. Cada vez más, una gran parte de la población del Sur se encuentra sin otro camino que seguir, asfixiada como está, por un lado, por las exigencias cada vez mayores de las corporaciones en busca de beneficios y, por otro, por los indolentes engaños de unos gobiernos nacionales cooptados. La acción directa se está convirtiendo en la única forma de salir del ciclo de empobrecimiento.

Al emprender dicha acción directa, recurren a un variado conjunto de tácticas. Mientras que muchos movimientos socialistas del siglo xx se basaban en Marx o en Lenin, los nuevos movimientos se apoyan más en las tradiciones locales y desarrollan tácticas puramente adaptadas a su entorno local. La resistencia a los descomunales proyectos de construcción de presas en la India ha estado influida por principios ghandianos tales como la *satiagraha* o resistencia no-violenta. Los habitantes de las aldeas han protagonizado sentadas y huelgas de hambre. En algunos casos, se han negado a abandonar sus hogares aun cuando el agua les llegaba al cuello. El pueblo ogoni del delta del Níger utilizó diversas tácticas no-violentas contra Shell, después de décadas en las que la compañía había extraído enormes cantidades de petróleo y había logrado inmensas ganancias sin que la población local recibiera ningún beneficio. Trescientos mil ogoni celebraron una protesta pacífica el 4 de enero de 1993 para exigir el saneamiento del medio ambiente, así como una compensación económica por la pérdida de recursos. Crearon organizaciones tales como el Movimiento por la

Supervivencia del Pueblo Ogoni y siguieron actuando aun después de la ejecución de líderes como Ken Saro-Wiwa. Las protestas se han mantenido hasta hoy en día, con acciones como la ocupación en 2002 de una terminal petrolífera de ChevronTexaco por parte de un grupo de mujeres ogoni, que lograron ver satisfechas sus demandas de empleo, escuelas y sistemas de abastecimiento de agua debido en parte a que amenazaron con desprenderse de la ropa y quedarse desnudas. En cuanto a los zapatistas mexicanos, se trata de una curiosa amalgama de jerarquía militar y democracia participativa. Aunque están fuertemente armados y no dudan en utilizar tácticas militares, no tardaron en aceptar un alto el fuego poco después de sublevarse en 1994 y entablar conversaciones con el Gobierno mexicano. Las conversaciones se prolongaron varios años, debido en parte a la estructura organizativa laxa e igualitaria de los zapatistas, que exigía que sus líderes regresaran a la base en la selva después de cada ronda de conversaciones para averiguar si los nuevos avances contaban con el apoyo de cada una de las comunidades a las que representaban. Incluso los dirigentes de mayor rango jerárquico tienen gran cuidado de señalar en sus comentarios públicos que ellos no hablan por la totalidad del movimiento zapatista.

Aunque el nuevo socialismo utilice métodos locales, tales métodos suelen responder a unas condiciones que han sido creadas por la globalización. En el caso de Chiapas, el NAFTA fue un factor clave. En el caso de Bolivia, lo fueron las corporaciones multinacionales que pretendían lograr un control aún mayor de recursos naturales básicos como el agua y el gas. En docenas de países de todo el mundo, lo son las rigurosas exigencias del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial. La globalización, por supuesto, no es nada nuevo. Una forma anterior y más cruda de esta fue el imperialismo del siglo XIX. Las economías de países como Gran Bretaña pasaron, en un periodo relativamente breve de tiempo, de depender de los mercados agrícolas locales y de artesanos de pequeña escala a convertirse en el centro de un vasto sistema global de expropiación de recursos en Asia, África y las Américas, para enviarlos a las fábricas de Manchester y, después, despachar por barco los bienes resultantes a mercados internacionales. Decenas de millones de africanos fueron arrancados de su tierra natal y transportados hasta lejanas plantaciones esclavistas para apoyar esa ingente acumulación de capital. Para asegurar las frágiles rutas marinas que hacían posible ese enorme atraco, se libraron guerras y se enviaron misioneros a todos los puntos del planeta. Tal y como pueden atestiguar los mayas de Chiapas, y tal y como otros cientos de civilizaciones perdidas ya no pueden certificar, la globalización ha hecho estragos en el mundo desde hace siglos. Su más reciente manifestación, por lo tanto, no representa una

radical diferencia con el pasado. Sencillamente, los cónsules y los ejércitos han sido reemplazados por empresas subsidiarias y programas de ajuste estructurales. El discurso del imperialismo económico es ahora mucho más críptico que el de la antigua variante militar, y enmascara la explotación con el mensaje aparentemente inofensivo de la promoción del libre comercio y la supresión de barreras artificiales. Sin embargo, a los africanos, los asiáticos, los pobladores de las Indias occidentales y los sudamericanos, todo les resulta demasiado familiar. El grito de resistencia que resuena desde el Sur lo ilustra perfectamente. No es un grito de escándalo por un fenómeno nuevo, sino un grito de resistencia a una nueva depredación después de siglos de depredaciones.

Lo que sí resulta nuevo en la época presente es que, debido en parte a desarrollos tecnológicos como la televisión e internet, la información también se está globalizando simultáneamente al capital. En el pasado, los banqueros y burócratas europeos podían permanecer invisibles y dejar que los políticos locales recibieran las críticas por unos problemas que ellos habían creado. Ahora, los antes invisibles arquitectos de la globalización se encuentran de lleno en la primera línea de fuego. En Argentina, miles de personas desfilaron por las calles en 2001 con pancartas que denunciaban la sumisión del Gobierno al FMI y a los Estados Unidos. En Ecuador, ese mismo año, los protagonistas de las protestas ocuparon la sede del FMI en Quito. El Movimiento para el Desarrollo Mundial [World Development Movement], con sede en Londres, documentó 111 protestas contra el FMI y el Banco Mundial en 25 países en vías de desarrollo durante el año 2002, lo que representaba un incremento con respecto a las 77 del año anterior.

A los privilegiados también les resulta cada vez más difícil ignorar la incómoda realidad de la que proceden sus privilegios. Mientras que generaciones anteriores se deleitaban en la gloria del imperio y celebraban lo que ellos consideraban la influencia civilizadora de las empresas sobre los nativos atrasados del planeta, la generación actual no puede disfrutar de sus ropas de diseño sin ver imágenes de mujeres y niños guatemaltecos que trabajan todo el día en talleres de explotación por salarios de pobreza y que son víctimas de asesinatos o violaciones si intentan reivindicar cualquier mejora. No pueden conducir sus 4x4 sin ver imágenes de niños que mueren en Irak. Muchas personas, por supuesto, siguen viviendo en la negación de que exista cualquier conexión entre los lujos de los que gozan y las dificultades de las personas del «Tercer Mundo». Sin embargo, eso cada vez es más difícil. La globalización ha alcanzado fama, y ha resultado ser mala fama.

Los foros sociales mundiales celebrados en Porto Alegre y Bombay muestran el potencial existente para el surgimiento de un nuevo tipo de

movimiento internacional que reaviva la llama del socialismo. En solo cuatro años, los foros han pasado de ser una pequeña reunión de políticos y activistas brasileños a convertirse en una gigantesca reunión de un centenar de miles de personas de todo el mundo. Además, han provocado el surgimiento de foros sociales regionales y locales por todo el mundo y, gracias a internet, la coordinación de los movimientos locales es ahora más fácil que nunca. El día global de protesta del 15 de febrero de 2003, contra la guerra de Irak, tuvo una dimensión y un alcance globales sin precedentes. Diez millones de personas ocuparon simultáneamente las calles de capitales que iban de Roma a Kuala Lumpur, de ciudades desde Sydney a Sevilla, y de pueblos y aldeas desde Elkins, en West Virginia, hasta McMurdo Station, en la Antártida. El poder potencial que eso representaba no pasó inadvertido a las élites. La portada del *New York Times* incluía dos días después el titular «Un nuevo poder en las calles», con un artículo que decía: «Es posible que siga habiendo dos superpotencias en el planeta: los Estados Unidos y la opinión pública mundial». Es un gran logro en una era en la que se supone que los movimientos populares están moribundos y las corporaciones están incrementando su control. Es cierto que todas esas movilizaciones de masas no suelen llevar el nombre del socialismo. Es cierto que, para muchas personas de hoy en día, la palabra «socialismo» equivale a una ideología fracasada del siglo xx que llevó a la creación de *gulags*, el levantamiento de vallas, las purgas, las colas para lograr un plato de sopa y el hambre. Pero, si sus metas son socialistas, poco importa que se llamen socialistas, verdes, anarquistas, antiglobalización o de cualquier otra forma. Cualquier esfuerzo globalmente coordinado por conseguir justicia e igualdad es una victoria para el socialismo, sin que importe su nombre.

Sin embargo, por muy notables que sean la coordinación, la cooperación y la ayuda mutua, los indicios apuntan a que el socialismo del siglo xxi será más diverso y localizado que la monolítica estructura soviética del siglo xx. Las atroces experiencias de los satélites soviéticos de la Europa del Este, Asia y África, así como la de los países de dominio estadounidense, sobre todo en Latinoamérica, ilustran los peligros de imponer un sistema rígido y ajeno sobre otro grupo de personas. La línea que separa la ideología del imperialismo se puede volver borrosa con demasiada facilidad. Y, además, un derecho básico de cualquier grupo es el de decidir cómo quiere ser gobernado. Los zapatistas de Chiapas se basaron en siglos de tradición y de experiencias locales para formular un método diseñado para satisfacer las necesidades de su propia gente. Lo mismo sucedió con las protestas contra la privatización del agua en Bolivia y contra los proyectos de construcción de presas en la India. Cada uno de esos movimientos utilizó sus propios

métodos y su propia organización y apeló a la gente en unos términos con los que podía identificarse, sin hacer ninguna referencia al socialismo «científico». En los foros sociales mundiales, el único acuerdo verdadero ha sido sobre el hecho de que «otro mundo es posible». Más allá de eso, grupos de todo el mundo han mostrado puntos de vista radicalmente distintos sobre cuál es el aspecto que dicho mundo debería tener. El reto que se le plantea al socialismo del siglo XXI consiste en reconocer que todas esas diferencias son aceptables y que el socialismo tendrá distintos aspectos en lugares distintos, así como encontrar una forma de apoyo mutuo para instaurar distintas versiones del socialismo en partes diferentes del mundo.

En realidad, el efecto de todos esos nuevos movimientos debe ser el de subvertir el carácter eurocéntrico de la dialéctica socialista y obligar a la gente de Occidente a reevaluar muchos de sus supuestos. El socialismo ha estado aquejado de un sesgo eurocéntrico desde sus propios inicios. Cuando Marx y Engels escribían en 1848 «¡Obreros del mundo, uníos!», está claro que no estaban pensando en los aldeanos de la India ni en los agricultores mayas. Incluso 34 años después, cuando en 1882 redactaban el prólogo a la edición rusa del *Manifiesto comunista*, a pesar de reconocer el alcance limitado de la edición previa, solo decían al respecto que «precisamente aquí faltan Rusia y los Estados Unidos». Tal miopía resulta comprensible en el contexto en que escribían, pero son demasiados los escritos socialistas que se han mantenido anclados en el marco limitado de las sociedades industriales europeas hasta nuestros tiempos. Sin embargo, en cierta forma, la globalización del socialismo es una consecuencia natural de la teoría marxista. Como escribió Marx en el *Manifiesto*: «La necesidad de una constante expansión del mercado para sus productos persigue a la burguesía por toda la superficie del planeta. Esta tiene necesidad de implantarse en todos los lugares, de establecerse en todas partes, de crear contactos en todos los sitios». <sup>5</sup> Dado que el capitalismo impone el aumento de la globalización, es natural que los trabajadores sigan la misma tendencia. Al hacerlo, es posible que la ecuación de la globalización empiece a cambiar. El hecho de que los trabajadores del mundo se comunicaran y cooperaran entre sí sería la peor pesadilla del capitalismo. Podría representar una seria amenaza para la capacidad del capital de desplazarse constantemente a países con peores salarios y con condiciones de trabajo más brutales. Podría suponer el final de la constante provisión de fuerza laboral barata que representan los emigrantes que escapan de esas mismas condiciones. Una verdadera acción colectiva que atravesase fronteras geográficas podría cambiar realmente la dinámica de poder y otorgar a las personas la oportunidad de negociar unas mejores condiciones sin la amenaza de que

otros ocupen sus puestos de trabajo. La profecía de Marx sobre una burguesía que produciría sus propios enterradores tal vez podría hacerse realidad, después de todo, aunque sea de manera distinta a como él lo imaginó.

Aunque es posible que renunciar al control del destino del socialismo sea un proceso doloroso para algunos occidentales, es igualmente posible que acabe ayudando al socialismo occidental a redescubrir su alma y su objetivo. Con el aumento de la calidad de vida en las naciones capitalistas y con las atroces condiciones de vida de los antiguos países comunistas, se ha llegado a cuestionar las premisas mismas del socialismo. Marx escribió en el *Manifiesto comunista* que, con el desarrollo del capitalismo, los trabajadores se habían convertido en «una mercadería, como cualquier otro artículo de comercio, y, por lo tanto, se encuentran expuestos a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado».<sup>6</sup> Decía que «la carga de trabajo va en aumento» y que, «cuanto más desagradable es el trabajo, más bajo es el salario». Eso era verdaderamente cierto en la época inicial de la revolución industrial, cuando escribía Marx. Sin embargo, al desarrollarse más el capitalismo, los salarios de hecho aumentaron y la carga del trabajo descendió. Mientras que Marx predijo que la clase media-baja «se hundiría progresivamente en el proletariado», a finales del siglo xx en muchas sociedades europeas parecía que sucedía lo contrario: gracias a los logros de los sindicatos y la legislación progresista, muchos trabajadores conseguían un estilo de vida de clase media. Incluso en los Estados Unidos, donde existe una clase marginada sustancial y una virulenta reacción en contra de muchas de las protecciones de que gozan los trabajadores, lo cierto es que a principios del siglo xxi los trabajadores gozan de unas condiciones de vida y de trabajo mucho mejores que a principios del siglo xx. De ahí el frecuente argumento a favor del capitalismo: dado que es un sistema que genera riqueza, los pobres seguirán teniendo más dinero, aunque la distribución sea desigual. Obtener una pequeña porción de una gran cantidad de riqueza es mejor que obtener una parte igual de nada. El socialismo no ha logrado ofrecer en Occidente una refutación convincente de dicho argumento y, por lo tanto, ha perdido gran parte de su atractivo para las masas.

Solo si su perspectiva se amplía más allá de las fronteras —o, cada vez más, de los muros de la fortaleza— de sus propias naciones privilegiadas, el socialismo puede tener la esperanza de encontrar una salida al *cul-de-sac* ideológico en el que se encuentra actualmente en Occidente. Porque es justamente allí donde se aprecia inmediatamente el empobrecimiento al que Marx hacía referencia. Las estadísticas son tan conocidas que resultan casi

soporíferas: aproximadamente la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares al día, casi 1.000 millones de personas sufren malnutrición crónica, y 3.000 millones no tienen acceso a servicios sanitarios. Sin embargo, todas esas estadísticas se suelen contemplar como hechos abstractos, sin examinar demasiado cómo se ha llegado a esa situación ni quién es responsable de ella. Implícita o, a veces, explícitamente, la culpa se hace recaer sobre las propias víctimas, como si la persona que cose sudaderas en Bangkok por un dólar al día fuera tanto menos creativa y hábil que el oficinista de Nueva York que gana 50.000 dólares al año; como si existiera realmente un terreno de juego neutral; como si todo el discurso sobre el libre comercio y la competencia sin trabas fuera realmente cierto. Toda esa ceguera colectiva con respecto a cuál es la causa de la desigualdad en el mundo hace posible la persistencia y el arraigo cada vez mayor de esa horrenda desigualdad año tras año.

El socialismo occidental solo redescubrirá su verdadera alma si abre los ojos a todo ese sufrimiento. Aunque muchas personas progresistas de Occidente luchan de hecho por un comercio justo y por la cancelación de la deuda, a menudo eso se ve como un gesto caritativo, separado de la lucha socialista que, tradicionalmente, ha constituido el dominio de la gente de las naciones industriales. Mientras tanto, es frecuente que el movimiento obrero esté tan centrado en la protección de los empleos de sus propios miembros que se dedica a presionar a favor de políticas comerciales que protegen a las industrias occidentales, a la vez que diezman las industrias de los países en vías de desarrollo. Cuando los socialistas occidentales lleguen a abrazar la causa de los pueblos del Sur como inseparable de la suya propia, apreciarán nuevas posibilidades capaces de insuflar vida a su alejado movimiento. Cuando reconozcan que, cada vez que sus propios movimientos obreros obtienen una pequeña ganancia, las corporaciones sencillamente buscan nuevos obreros en nuevos países para explotarlos en su lugar, se verán en la obligación de luchar contra los opresores, y no contra quienes son aún más pobres que ellos. Cuando empiecen a contactar con los activistas antiglobalización y medioambientales desde Norteamérica hasta Corea del Sur, redescubrirán su relevancia y podrán apelar a una nueva generación.

Por el momento, no obstante, el alma del socialismo se encuentra en las luchas de gentes que a menudo no se autodenominan socialistas: los movimientos populares del Sur global, así como esa pequeña minoría, aunque en rápido crecimiento, que los defiende en Occidente. Los explotados en los talleres de producción de Pekín y Calcuta, en las plantaciones bananeras de Centroamérica, en las minas de diamantes de África: son esas las per-

sonas que mantienen los extravagantes y cómodos estilos de vida de las personas de Occidente. Sus luchas a menudo parecen fútiles o resultan incomprensibles porque el sistema contra el que batallan es enorme y todo lo abarca. Arrastran la carga de cinco siglos de colonización y explotación. Muchas noticias nos hablan de la «violencia» y la «agitación» en países lejanos sin explicar siquiera la causa, tal vez porque el objetivo —cambiar el mundo— es simplemente tan amplio que es difícil de comprender. Sin embargo, la gente del Sur se ve obligada a comprenderlo cada día. La necesidad de derrocar el capitalismo les ha sido inculcada a ellos y a sus antepasados durante siglos. Cada vez que se veían expulsados de sus tierras, que veían cómo su oro y sus minerales eran cargados en barcos europeos, o que se veían obligados a trabajar para provecho de los blancos ricos, el imperativo estaba bien claro para ellos: no les queda otra opción que cambiar el mundo, o el mundo los destruirá. Los zapatistas lo entendieron tan bien que lograron resumirlo en dos palabras: «¡Ya basta!» Ese tipo de movimientos no siempre son doctrinalmente ortodoxos. Sin embargo, en su lucha básica por la justicia, encarnan todo lo que ha significado el socialismo para generaciones de activistas. Con demasiada frecuencia, el alma del socialismo queda oscurecida y dividida por fronteras religiosas, raciales y culturales, y resulta distorsionada por el alarmismo difundido por el *establishment*. No obstante, continúa acechando tras el odio y la desconfianza, esperando a ser redescubierta. Si miramos lo suficiente y con la suficiente intensidad, tal vez la encontremos antes de que sea demasiado tarde. Y si la gente de Occidente es capaz de girarse después, mirarse en el espejo y examinar los cinco siglos de explotación de los que se ha beneficiado, de manera displicente y silenciosa, entonces es que aún queda una mínima oportunidad de que algunos de nosotros podamos redimir también nuestra alma individual.

## Notas

1. John Ross, *Rebellion from the Roots*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 1995.
2. George Orwell, *The Road to Wigan Pier*, Harcourt, Orlando (Florida), 1958, p. 216.
3. Bill Weinberg, *Homage to Chiapas*, Verso, Nueva York, 2000, p. 123.
4. *Autobiography of Malcolm X*, Ballantine Books, Nueva York, p. 389.
5. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Penguin Books, Harmondsworth, 1967, p. 83.
6. Karl Marx y Friedrich Engels, *ibid.*, p. 87.